

Si no te matan las mentiras, lo hará la verdad

HUGH HOWEY

(WOOL)

ESPEJISMO

En el futuro la Tierra es un planeta devastado en el que el aire se ha vuelto tóxico. Rodeados por este paisaje desolado, algunos seres humanos sobreviven en un silo subterráneo. Allí, hombres y mujeres viven en una sociedad regulada por estrictas leyes que han sido creadas para protegerlos. El *sheriff* Holston, quien no ha vacilado en defender las reglas del silo durante años, de repente rompe el mayor de todos los tabúes: pide salir al exterior.

Su fatídica decisión desencadenará una serie de drásticos acontecimientos que llevará al resto de habitantes del silo a enfrentarse a algo que solo se conoce por las historias y cuyo nombre ni siquiera se atreven a susurrar.

Para Amber

1

Los niños jugaban mientras Holston se dirigía hacia su muerte. Los oía chillar como solo chillan los niños cuando se sienten felices. Mientras sus voces atronaban frenéticas más arriba, él se tomaba su tiempo para ascender dando vueltas y vueltas por la escalera de caracol, con zancadas metódicas y trabajosas de las viejas botas que resonaban contra el metal.

Los peldaños, al igual que las botas de su padre, exhibían muestras de desgaste. De la capa de pintura no quedaban más que fragmentos débilmente adheridos, sobre todo en las esquinas y partes interiores, donde nadie pisaba jamás. Los movimientos en otros tramos de la escalera levantaban pequeñas y temblorosas nubes de polvo. Holston podía sentir las vibraciones en la barandilla, desgastada hasta sacar el brillo del metal. Esto era algo que nunca dejaba de asombrarlo: que siglos de manos desnudas y pies arrastrados por el suelo pudieran desgastar el acero macizo. Una molécula cada vez, suponía. Cada vida podía llevarse una capa entera en el tiempo que tardaba el silo en llevarse esa vida.

Cada peldaño estaba ligeramente combado por generaciones de pasos, con el borde curvado como en una mueca triste. En el centro no quedaba casi ni rastro de los pequeños diamantes utilizados en su día para que la super-

ficie no fuese tan resbaladiza. Su ausencia solo se podía inferir por los restos originales que había a ambos lados, las pequeñas protuberancias piramidales que sobresalían de la superficie plana del acero, con sus bordes arrugados y sus manchas de pintura.

Holston levantó una de sus viejas botas sobre un viejo peldaño, se dio impulso y volvió a repetir el movimiento. Se ensimismó en la obra de los años incontables, la ablación de moléculas y vidas, capas y capas transformadas en fino polvo. Y pensó, no por primera vez, que ni la vida ni la escalera habían sido concebidas para una existencia como aquella. Los estrechos confines de aquella espiral alargada que atravesaba el silo subterráneo como una pajita en un vaso no habían sido construidos para soportar un uso tan abusivo. Al igual que su cilíndrico hogar, se diría que la habían construido con otros objetivos, para fines olvidados mucho tiempo atrás. Lo que ahora servía de morada a millares de personas que se movían arriba y abajo por su estructura en repetitivos ciclos cotidianos, a Holston se le antojaba apropiado solo para usarse en caso de emergencia, y por unas pocas decenas de seres humanos, como mucho.

Otro piso quedó atrás, una zona de dormitorios dividida como una tarta cortada en porciones. A medida que Holston se iba acercando a los últimos pisos en el último ascenso que jamás haría, la intensidad de la lluvia de infantil de leche que caía sobre su cabeza iba en aumento. Era la risa de la juventud, de unos espíritus que aún no habían comprendido el mundo en el que vivían, que todavía no sentían la presión de la tierra a su alrededor, que en su mente no estaban enterrados, en absoluto, sino vivos. Vivos y puros aún, como ponían de manifiesto los sonidos de alegría que descendían por la escalera, aquellos trinos incongruentes con los actos de Holston, con su decisión y su determinación de salir al exterior.

Cuando estaba acercándose al último piso, una voz juvenil resonó por encima de las demás y Holston se acordó

de cuando era un niño en el silo, de las clases y los juegos. Por aquel entonces, el atestado cilindro de hormigón, con sus pisos y pisos de viviendas, talleres, huertas hidropónicas y salas de purificación repletas de marañas de tuberías, le parecía un vasto universo, un mundo tan grande que nadie podría nunca llegar a explorarlo entero, un laberinto en el que sus amigos y él podrían perderse para siempre.

Pero aquellos días distaban ya más de treinta años. Tenía la impresión de que su infancia se encontraba a dos o tres vidas de distancia y era algo de lo que había disfrutado otra persona. No él. A él, una vida entera como comisario le impedía acceder a aquel pasado. Y, más recientemente, estaba la tercera fase de su vida, una vida secreta más allá de su infancia y de sus obligaciones como comisario. Eran las últimas capas de su yo, machacadas hasta quedar transformadas en polvo, tres años transcurridos en silencio, a la espera de algo que nunca llegaría; tres años de los que cada día, por sí solo, había sido más largo que un mes entero de sus anteriores y más felices vidas.

Al llegar al final de la escalera en espiral, la mano de Holston dejó atrás la barandilla. La curva barra de acero desgastado desembocaba en las salas más grandes de todo el complejo: la cafetería y la sala contigua a ella. Los chillidos de alegría procedían de allí. Unas formas rápidas y brillantes zigzagueaban entre las sillas desperdigadas, jugando al gato y al ratón. Un puñado de adultos procuraba contener el caos. Holston vio que Donna estaba recogiendo ceras y tizas del suelo de baldosas manchadas. Su marido, Clarke, estaba sentado a una mesa cubierta de vasos de zumo y cuencos con galletas de fécula de maíz. Saludó a Holston con la mano desde el otro lado de la sala.

Holston no pensó siquiera en devolverle el gesto. No tenía energía ni ganas de hacerlo. Miró más allá de los adultos y los niños en pleno juego, hacia la borrosa imagen que aparecía sobre una de las paredes de la cafetería. Era la mayor vista que tenían del inhóspito mundo exterior. Una

escena matutina. La tenue luz del alba bañaba unas colinas sin vida que apenas habían cambiado desde la infancia de Holston. Habían permanecido allí esperando, como siempre, mientras él pasaba de jugar al ratón y al gato entre las mesas de la cafetería a convertirse en el envoltorio vacío que ahora era. Más allá de las imponentes y onduladas colinas, en lo alto, un cielo del color de la podredumbre atrapaba los rayos del amanecer en forma de débiles destellos. En la distancia, sobre la tierra, se alzaban el vidrio y el acero antiguos, allí donde, según se creía, había vivido la gente una vez.

Un niño, que salió disparado del grupo como un cometa, chocó contra las rodillas de Holston. Este bajó la mirada y alargó la mano para tocarlo —era el hijo de Susan—, pero al igual que un cometa, el niño se alejó otra vez y volvió a caer en la órbita de los demás.

Holston se acordó de pronto del sorteo de la lotería que Allison y él habían ganado el año en que ella murió. Aún conservaba el billete. Lo llevaba consigo a todas partes. Uno de aquellos niños —ahora tendría probablemente dos años y andaría correteando detrás de los demás— podría haber sido suyo. Habían soñado, como todos los padres, con la doble fortuna de unos gemelos. Y lo habían intentado, claro. Una vez extraído el implante de Allison, habían vivido una sucesión de noches gloriosas tratando de cobrar el premio, mientras los demás padres les deseaban suerte y otros jugadores de la lotería suplicaban en silencio que el año pasara en blanco.

Sabiendo que solo disponían de un año, Allison y él habían abierto la puerta a la superstición y recurrido a todo: trucos como colgar ajos sobre la cama (lo que, supuestamente, aumentaba la fertilidad), meter dos monedas de diez céntimos bajo el colchón (para propiciar la concepción de gemelos), una cinta rosa en el pelo de Allison, manchas de pintura azul bajo los ojos de Holston... Todo ello ridículo, desesperado y divertido. Solo había una cosa más ab-

surda que podrían haber hecho, y era no intentarlo todo, dejar alguno de aquellos cuentos de brujería sin probar.

Pero su destino no era ese. Antes incluso de que hubiera transcurrido su año, la lotería premió a otra pareja. No fue por falta de entusiasmo, sino por falta de tiempo. Por una repentina falta de esposa.

Holston le dio la espalda a los juegos y a la vista del mundo exterior y se encaminó a su oficina, situada entre la cafetería y la esclusa del silo. Mientras cubría esa distancia, sus pensamientos acudieron a la pelea que había tenido lugar allí, una pelea de fantasmas entre los que había tenido que pasar todos los días de los tres últimos años. Y supo que si se volvía hacia la amplia imagen de la pared, si entornaba los ojos y escudriñaba la escena cada vez más turbia que formaba la combinación de unos objetivos de cámara en mal estado y el tizne de la atmósfera, si seguía aquella grieta oscura colina arriba, aquella arruga que avanzaba por encima de la oscura duna en dirección a la ciudad que se extendía más allá, podría distinguir su forma inmóvil. Allí, sobre la colina, su esposa sería visible. Yacente como una roca dormida, cada vez más erosionada por el aire y las toxinas, con los brazos doblados bajo la cabeza.

Tal vez.

Ya era difícil ver, distinguir las cosas con claridad incluso antes de que reapareciese la borrosidad. Y además, tampoco se podía confiar demasiado en aquella vista. De hecho, había demasiadas cosas dudosas en ella. Así que Holston optó simplemente por no mirar. Atravesó el escenario de la fantasmal pelea con su esposa, donde aguardaban eternos los malos recuerdos, aquella escena de la locura repentina que la había embargado, y entró en su despacho.

—Vaya, mira quién llega temprano —dijo Marnes con una sonrisa.

El ayudante de Holston cerró uno de los cajones metálicos del archivador, que emitió un aullido sin vida. Mientras

volvía a coger su humeante taza reparó en la actitud solemne de Holston.

—¿Te encuentras bien, jefe?

Holston asintió. Señaló el estante de las llaves, situado detrás de la mesa.

—La celda —dijo.

La sonrisa del ayudante se esfumó, reemplazada por un gesto ceñudo de confusión. Dejó la taza y se volvió para coger la llave. Mientras estaba de espaldas, Holston acarició por última vez el afilado y frío acero que llevaba en la palma de la mano, y entonces dejó la estrella sobre la mesa. Marnes se volvió y le tendió la llave. Holston la cogió.

—¿Quieres que coja la fregona?

El ayudante Marnes apuntó hacia la cafetería con el pulgar. Salvo que tuvieran a alguien esposado, solo entraban en la celda para limpiarla.

—No —dijo Holston. Señaló el cubículo con un movimiento de la cabeza para indicar a su ayudante que lo siguiera.

Se volvió —acompañado por el chirrido de la silla que abandonaba Marnes para seguirlo— y caminó hasta la puerta. La llave entró en la cerradura con facilidad. Los órganos internos del mecanismo, perfectamente contruidos y bien mantenidos, emitieron un chasquido seco y brusco. Un pequeño chirrido de los goznes, un paso decidido, un tirón, un ruido metálico, y todo terminó.

—¿Jefe?

Holston le tendió la llave entre los barrotes. Marnes la miró, inseguro, pero abrió la mano para cogerla.

—¿Qué pasa, jefe?

—Llama a la alcaldesa —le ordenó Holston. Exhaló un suspiro, el pesado aliento que llevaba tres años conteniendo—. Dile que quiero salir.

2

La vista desde la celda no era tan borrosa como en la cafetería, y Holston pasó su último día en el silo meditando sobre esto. ¿Era posible que la cámara de aquel lado estuviera protegida de los vientos tóxicos? ¿Acaso los reos, condenados a muerte, ponían más cuidado en preservar la vista de la que habían disfrutado en su último día? ¿O era su esfuerzo adicional un regalo para la siguiente persona que pasaría su último día en la misma celda que ellos?

Holston prefería esta última explicación. Le hacía recordar con nostalgia a su esposa. Le recordaba por qué estaba allí, en el lado equivocado de aquellos barrotos, por decisión propia.

Sus pensamientos regresaron flotando hasta Allison mientras permanecía allí sentado, contemplando el mundo muerto que algún pueblo ancestral había dejado tras de sí. No era la mejor vista del paisaje que rodeaba el búnker subterráneo, pero tampoco la peor. En la distancia se alzaban unas lomas onduladas de una bonita tonalidad marrón, como un puré de café con la cantidad justa de leche de cerda. El cielo seguía siendo del mismo gris plomizo que durante su infancia y durante la infancia de su padre y durante la infancia de su abuelo. Lo único que se movía en aquel paisaje eran las nubes. Flotaban hinchadas y oscuras

sobre las colinas. Vagaban libres como los rebaños de los libros ilustrados.

La vista del mundo muerto ocupaba toda la pared de su celda, al igual que las paredes del piso superior. Cada una de ellas mostraba un sector distinto del yermo que se extendía más allá, un poco más borroso cada día que pasaba. El pequeño fragmento de aquella vista de que disfrutaba Holston comenzaba en la esquina de su camastro, subía hasta el techo, se extendía hasta la otra pared y bajaba hasta el lavabo. Y a pesar de su suave turbidez —como si la lente estuviera embadurnada de aceite— era un paisaje que invitaba a adentrarse en él, como si, extrañamente, al otro lado de los barrotes de la prisión hubiera un agujero grande y tentador.

Sin embargo, esta ilusión solo era convincente desde lejos. Al acercarse, Holston podía distinguir un puñado de píxeles muertos sobre la enorme pantalla. Su blanco destacaba poderosamente entre las tonalidades marrones y grises de los que sí funcionaban. Cada píxel, brillando con furiosa intensidad (Allison los había llamado píxeles «parados»), era como una ventana cuadrada abierta a un lugar más brillante, un agujero del grosor de un cabello humano que parecía indicar el camino a una realidad mejor. Los había por docenas, ahora que se fijaba. Se preguntó si habría alguien en el silo que supiese cómo arreglarlos, o incluso si tendrían las herramientas necesarias para llevar a cabo un trabajo tan delicado. ¿Estarían muertos para siempre, como Allison? ¿Acabarían por morir todos los píxeles? Holston se imaginó el día en el que la mitad de los píxeles serían de aquel blanco intenso, y luego, generaciones más tarde, el momento en el que solo quedarían unos pocos marrones y grises. Y cuando por fin únicamente quedase una docena, el mundo habría adoptado una nueva configuración y la gente del silo creería que el exterior estaba cubierto de llamas y confundiría los únicos píxeles que todavía funcionaban con los que habían dejado de hacerlo.

¿O sería eso lo que estaban haciendo Holston y sus conciudadanos?

Alguien se aclaró la garganta a su espalda. Al volverse, Holston se encontró con la alcaldesa Jahns al otro lado de los barrotes. Tenía los brazos en jarras, con las manos apoyadas a la altura de la cintura. Señaló el camastro con un movimiento pesado de la cabeza.

—Algunas noches, cuando la celda está vacía y ni el ayudante Marnes ni tú estáis de guardia, me siento ahí y disfruto de las vistas.

Holston se volvió de nuevo hacia el paisaje polvoriento y carente de vida. Era deprimente comparado con las escenas de los libros infantiles, los únicos libros que habían sobrevivido al levantamiento. La mayoría de la gente dudaba de que hubieran existido alguna vez los colores que aparecían en aquellos libros, al igual que dudaba de elefantes morados y aves rosadas, pero Holston tenía la sensación de que eran más auténticos que la escena que tenía delante. Al igual que les pasaba a otros, sentía algo primario y profundo en su interior al mirar aquellas páginas salpicadas de verde y azul. Pero incluso así, comparada con el asfixiante silo, la vista grisácea del exterior parecía una especie de salvación, la atmósfera abierta que los hombres nacían para respirar.

—Ahí siempre parece un poco más clara —comentó Jahns—. La vista, me refiero.

Holston no dijo nada. Ante sus ojos, un escarolado fragmento de nube se separó de las demás y se alejó en una dirección distinta, como una masa arrebolada de negros y grises.

—Puedes escoger la cena —dijo la alcaldesa—. Es la tradición...

—No hace falta que me cuentes cómo va —la interrumpió Holston—. Solo hace tres años que le serví a Allison su última comida aquí. —Por costumbre, llevó una mano al anillo de cobre con la intención de darle una vuelta en el

dedo. Olvidaba que lo había dejado en el armario hacía horas.

—Es increíble que haya pasado tanto tiempo —murmuró Jahns para sí. Al volverse, Holston vio que observaba con los ojos entornados las nubes de la pantalla.

—¿La echas de menos? —le preguntó con tono venenoso—. ¿O solo detestas que el polvo haya tenido tanto tiempo para acumularse?

Jahns volvió por un instante los ojos en su dirección, pero al momento bajó la mirada al suelo.

—Sabes que no me gusta esto, sobre todo por las vistas. Pero las normas son las normas...

—No es culpa de nadie —dijo Holston tratando de que no se le notara la rabia—. Conozco las normas mejor que la mayoría... —Su mano hizo un movimiento casi imperceptible hacia la estrella, tan ausente como su anillo—. Joder, si me he pasado casi toda la vida defendiéndolas, incluso después de saber que son una basura.

Jahns carraspeó.

—Bueno, no voy a preguntar qué te ha llevado a tomar esta decisión. Simplemente asumiré que aquí no serías feliz.

Holston la miró fijamente a los ojos y vio la brillante película que los cubría antes de que ella pudiera parpadear para eliminarla. Jahns estaba más flaca que de costumbre, lo que, con aquel mono tan ancho, le confería un cierto aire cómico. Las arrugas que le cubrían el cuello e irradiaban desde sus ojos eran más profundas de lo que recordaba. Más oscuras. Y le daba la impresión de que la ronquera de su voz era auténtico pesar, no solo el producto de la vejez o de su ración diaria de tabaco.

De repente, Holston se vio a sí mismo a través de los ojos de Jahns; vio un hombre roto sentado en un banco desgastado, con la piel teñida de gris por el pálido fulgor del mundo muerto del exterior, y la imagen hizo que lo asaltara un mareo. Sintió que empezaba a darle vueltas la

cabeza mientras buscaba algo razonable a lo que aferrarse, algo que tuviese sentido. El estado al que había llegado su vida era como un sueño. Nada de lo que había sucedido durante los tres últimos años le había parecido verdad. Nada parecía ya verdad.

Se volvió de nuevo hacia las lomas de color tostado. Con el rabillo del ojo le pareció ver cómo moría otro píxel, teñido de pronto de un blanco intenso. Otra minúscula ventana que se abría, otra vista diáfana a través de una ilusión que había aprendido a poner en duda.

«Mañana será mi salvación —pensó Holston con salvaje determinación—. Aunque muera ahí fuera».

—Llevo demasiado tiempo siendo alcaldesa —dijo Jahns.

Holston volvió la cabeza y vio que se había aferrado a los fríos barrotos de acero con sus arrugadas manos.

—Nuestros archivos no se remontan hasta el comienzo, ¿sabes? No van más allá del levantamiento de hace siglo y medio, pero desde entonces ningún alcalde ha enviado más gente a la limpieza que yo.

—Siento cargarte este peso sobre los hombros —replió Holston con voz seca.

—No me proporciona ningún placer. Es lo único que digo. Ningún placer en absoluto.

Holston señaló la enorme pantalla con un ademán.

—Pero mañana serás la primera que podrá ver un amanecer despejado, ¿verdad? —Detestaba cómo sonaba. Holston no estaba enfadado por su muerte, por su vida, o por lo que pudiera depararle el mañana, pero aún perduraba en él un resentimiento por el destino de Allison. Seguía considerando evitables los inevitables sucesos del pasado, mucho tiempo después de que se hubieran salido de su curso—. Mañana os encantará la vista a todos —dijo como para sí.

—Eso no es justo —protestó Jahns—. La ley es la ley. La has quebrantado. Y sabías que lo estabas haciendo.

Holston se miró los pies. Los dos permitieron que cayera sobre ellos un silencio. Al final, la alcaldesa Jahns fue la primera en hablar.

—Aún no has amenazado con no hacerlo. Algunos tienen miedo de que no hagas la limpieza porque no has dicho que no lo vas a hacer.

Holston se echó a reír.

—¿Se sentirían mejor si dijera que no voy a limpiar los sensores? —negó con la cabeza, maravillado por lo absurdo de aquella lógica.

—Todo el que entra ahí dice que no lo va a hacer —respondió Jahns—, pero al final lo hacen. Es lo que nos hemos acostumbrado a esperar...

—Allison nunca amenazó con no hacerlo —le recordó Holston, pero sabía lo que quería decir Jahns. También él había tenido la certeza de que Allison no limpiaría las lentes. Y ahora creía entender lo que había pasado por la cabeza de su esposa mientras estaba allí sentada, en aquel mismo banco. Había cosas más importantes en qué pensar que el acto de la limpieza en sí. A la mayoría de las personas a las que enviaban al exterior las habían cogido in fraganti en algún delito cuando se encontraban en aquella celda. A escasas horas de su destino final, lo que sentían era sorpresa. Cuando aseguraban que no iban a limpiar, lo hacían movidos por deseos de venganza. La suya era una obstinación reflexiva. Pero Allison, y ahora Holston, tenían mayores preocupaciones. El que limpiaran o no era intrascendente. Habían llegado hasta allí porque, de algún modo absurdo, lo deseaban. Lo único que quedaba era la curiosidad. La fascinación del mundo exterior más allá del velo proyectado de mentiras.

—Entonces, ¿piensas hacerlo o no? —preguntó Jahns directamente con evidente desesperación.

—Tú misma lo has dicho —respondió Holston encogiéndose de hombros—. Todo el mundo lo hace. Así que alguna razón debe de haber para ello, ¿no?